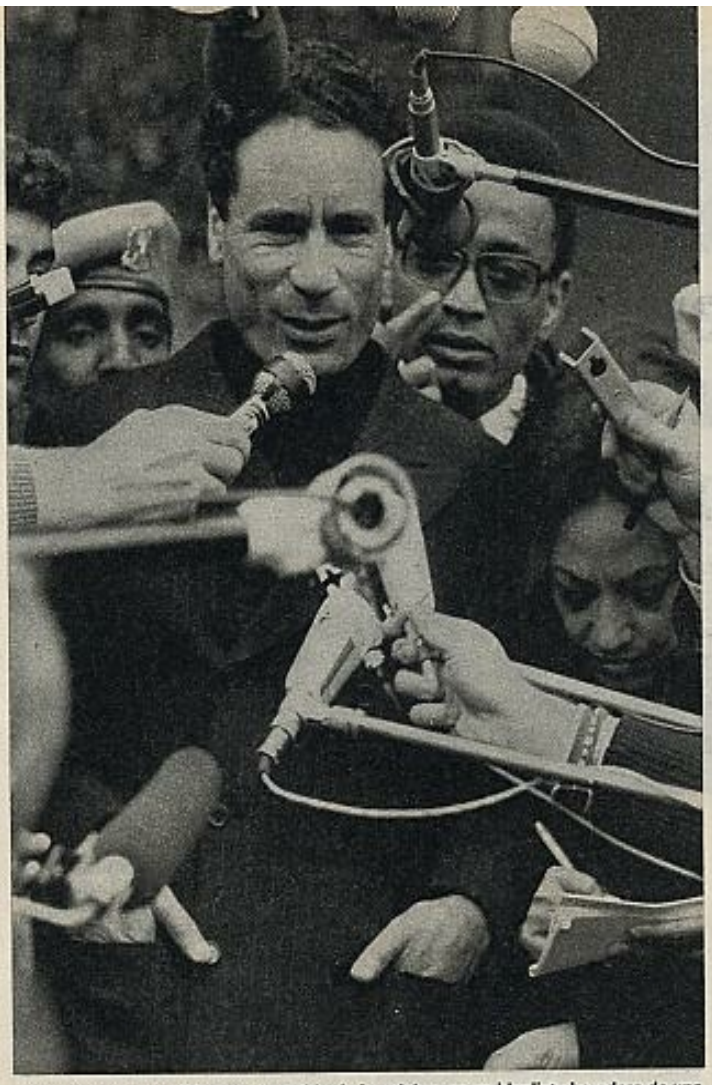

Kadhafi no es un político en el sentido de la palabra, es un idealista heredero de una ancestral concepción islámica del mundo.

LIBIA: ORO NEGRO Y CORAN

JAVIER MORO

EN 1952, un estudio realizado en Libia por una comisión de las Naciones Unidas, decía lo siguiente: "Libia es un ejemplo de universal pobreza en su forma más extrema; su economía apenas alcanza un nivel de subsistencia. Es un país donde no existen fuentes de energía ni recursos minerales.

Pero, más tarde, surge para el pueblo libio la esperanza de romper con la tradición de pobreza que durante siglos se fue forjando a través de las descripciones de observadores extranjeros que no vacilaban en mostrar un soberano desprecio hacia "esa extensión de piedras y de serpientes", como decía Herodoto.

En 1959 se extraen los primeros barriles de petróleo, proporcionando al joven Estado unos "royalties" que le permitirían conseguir por primera vez, en 1963, un equilibrio en la balanza de pagos.

Actualmente, con una densidad de unos tres habitantes por kilómetro cuadrado, con 49 por 100 de analfabetos y un producto nacional bruto que rebasa los 6.000 millones de dólares, Libia forma parte de los Estados más ricos del mundo árabe y de los más influyentes en la política mediterránea.

Pero el petróleo no ha sido sólo para el pueblo libio la ocasión de realizar un espectacular desarrollo económico, sino que es también un arma política al servicio de la lucha anticolonialista. Y los libios conocen bien este terreno, ellos que han visto desfilar siglo tras siglo a egipcios, fenicios, griegos, romanos, árabes, normandos, españoles, y más tarde turcos, italianos, ingleses, franceses, alemanes y otra vez ingleses. Los libios han sido los olvidados de la Historia, aunque habiendo participado directamente en conflictos internacionales. Muchos nómadas del desierto dejaron sus vidas entre un mortero alemán y un carro de combate inglés, en una guerra de la cual eran extraños y que se les echó encima como una maldición de Alá. Sus abuelos habían luchado ya contra los turcos y sus padres resistieron como pudieron a la invasión italiana. Para los occidentales, imbuidos de pretensiones humanitarias que ocultaban el verdadero afán colonialista, un puñado de beduinos no tenían por qué inspirar respeto.

Y en la primavera de 1942, mientras que los Panzers de Rommel se ensañaban en el imprevisto obstáculo de Bir-Hakeim, en ruta hacia Egipto, nacía en algún lugar del desierto libio, bajo una tienda de pobres beduinos, el hombre que devolvería a su pueblo una cierta dignidad que la Historia le había arrebatado. Moamar El Kadhafi nació entre bombas y persecuciones, mientras que una parte de su familia había sido transportada a un campo de concentración italiano del cual muchos no regresarían.

A los veintiocho años de edad, este beduino tomó el poder mediante un golpe de Estado que derrocó a la corrompida monarquía del rey Idriss. Quince años antes, Kadhafi guardaba el rebaño familiar en el desierto de Syrte, una inmensa extensión de arena cubierta de arbustos enanos donde el joven pastor forjaba sus sueños de liberación. Hoy en día, su familia de nómadas sigue viviendo bajo la tienda y es objeto de frecuentes visitas del Jefe del Estado, que no duda en exaltar los valores morales y religiosos del beduinismo.

Desde que tomó el poder, Kadhafi ha sido la oveja negra de la prensa europea y americana. Como no existe información en lengua occidental, han surgido muchas especulaciones. Es muy fácil resaltar una parte de un discurso suyo y ridiculizarlo por una frase fuera de contexto. Se critica al Jefe de Estado libio desde el punto de vista puramente occidental y él se mueve en un sistema de pensamiento coránico, lo que le hace diferente a todos los políticos actuales. Desconcierta a las grandes potencias que no están acostumbradas a tratar con ese tipo de hombre. El hecho de ser "nuevo" en el panorama político internacional, le ayudó a mantenerse en el poder.

Tratarle de ignorante, de bruto o de irresponsable, o compararlo a Amin Dada, es una aberración. Kadhafi se expresa a veces en términos ingenuos, es cierto. Para él, todo fue dicho, todo fue escrito en el Corán; el resto no son más que veleidades de intelectual. Otorga más importancia a una cierta noción del "saber" que al conocimiento. Su lógica es sencilla, directa; tiene sus raíces en la filosofía popular de los hijos del desierto. No es un político en el sentido estricto de la palabra; es un idealista, heredero de una ancestral concepción islámica del mundo.

Conociendo a los beduinos, Kadhafi es bastante representativo. Como conservó una cierta pureza inicial, no hubo ruptura entre su medio y él mismo. Es un califa, cerca de su pueblo, pero distanciado por una relación paternalista. En los primeros tiempos solía disfrazarse y salir a la calle para sentir de cerca a su pueblo. Una vez, entró en una discoteca de Trípoli y ante el desenfreno que allí vio, mandó arrestar a 115 personas. Otra vez, entró en un hospital, fingiéndose enfermo, y se negaron a atenderle. Desveló su identidad y mandó arrestar a los enfermeros. Estas anécdotas nos hacen sonreír, pero para el pueblo árabe son la continuación de las viejas leyendas del califa Omar. La revolución libia ha purificado el país y recuerda las antiguas purgas que se sucedían a lo largo y a lo ancho del imperio conquistado y dominado por los árabes.

Aparentemente, la corrupción no existe en Libia, lo que le distingue de los otros países árabes. La simple palabra "bakshih" puede llevarle a la cárcel más rápidamente que la infracción cometida. La Policía, pilar del régimen, es incorruptible. Su existencia podría justificarse en parte. Demasiada libertad provocaría la reaparición de las viejas quimeras de la corrupción y de la injusticia. Pero la vigilancia exacerbada lleva consigo el autoritarismo y la dictadura en un país que se autodenomina "la única verdadera democracia en el mundo".

En la democracia imaginada y concebida por Kadhafi, el voto secreto no existe. En los comités populares se habla, se discute, pero procurando siempre no alejarse de la línea general. Se toman las decisiones levantando la mano y por miedo de ser tachado de "enemigo de la Revolución", nadie se opondrá abiertamente. Este sistema de coacción impide todo replanteamiento. Los principios de bases son inamovibles y se discute el presupuesto del desarrollo, pero no el espíritu que anima ese desarrollo. El régimen libio no admite la oposición ni la marginación. De esta situación emana el miedo y finalmente un apoliticismo total. La sociedad libia es ante todo una sociedad de consumo. Las tiendas de Trípoli están repletas de todos los "gadgets" y bienes de consumo occidentales. En cualquier oasis perdido en el desierto se pueden adquirir desde jugos de fruta venezolanos hasta zapatos polacos, pasando por mantequilla francesa y mantas españolas. El bienestar material está por encima de toda consideración moral o religiosa.

Los jóvenes soportan mal el ambiente de "cuartel" que flota sobre todo el país. Más ahora, cuando Kadhafi acaba de anunciar un servicio militar obligatorio de cinco años, haciendo cundir el pánico entre los estudiantes, que manifestaron en más de una oca-

sión su oposición al régimen, lo que motivó una violenta represión. Si la Policía ya no corta el pelo por las calles, cualquier pretexto es bueno para levantar la porra y, lo que es más grave, para apretar el gatillo a la salida de las facultades, como ocurrió en la Universidad de Benghazi el año pasado. El Jefe de Estado parece haber olvidado que él también organizó manifestaciones cuando era joven. La defensa del territorio nacional es una de las grandes preocupaciones de los dirigentes libios; todos los individuos que sobresalen en la escuela o en la Universidad son inmediatamente dirigidos hacia el Ejército para formar cuadros de mando competentes, dejando un sensible vacío en los otros sectores de la actividad nacional. No hay que olvidar que si Kadhafi es un beduino, también es militar.

La represión se siente sobre todo en las ciudades donde el ritmo de vida es como el de cualquier país desarrollado. Los embotellamientos, las prisas, hacen parte de la vida cotidiana de Trípoli. La oposición al régimen y la tensión que se sienten en las grandes urbes, se explican por la contradicción que supone vivir a un ritmo de vida moderno encuadrado por una superestructura tradicional que encierra a fin de cuentas una ideología reaccionaria. Además, Kadhafi es desde siempre enemigo de las ciudades, "fuentes de corrupción". Con la construcción del nuevo puerto acabó con el equilibrio estético de la ciudad.

El oro negro representa también un peligro para los países productores donde la facilidad del dinero ganado rápidamente provoca un desinterés general hacia el esfuerzo y el trabajo. Pese a la famosa frase de Kadhafi: "Libia ha vivido mil años sin petróleo, todavía puede vivir otros mil años más sin petróleo", el país ha entrado en el irreversible proceso de desarrollo económico, acarreando un notable cambio en la mentalidad y en la sociedad en general.

Si Kadhafi es odiado en las ciudades, se le venera en los medios rurales. Fiel a sus sueños de niño, hizo florecer por todo el país verdes campos de cultivo en desérticos valles donde sólo había arena y piedras.

La falta de personal competente y de mano de obra son los mayores problemas del desarrollo libio. El país está invadido por extranjeros que construyen carreteras, puentes, hospitales, colegios, fábricas... y los libios contemplan, no sin cierta flema, el espectacular cambio que hizo del bulldozer parte integrante del paisaje. La mayoría de los obreros son tunecinos, egipcios y marroquíes y los cuadros técnicos son europeos; los libios están en la administración, hundiéndose cada vez más en un aparato burocrático que, a pesar de todo, funciona.

La organización y la planificación no existen en este país anárquico, donde el desarrollo comenzó hace tan sólo ocho años. Como empezó en todos los frentes a la vez, hay un cierto desbarajuste que da lugar a errores típicos de los países en auge económico.

En la agricultura se invierten sumas fabulosas, que tardarán varios decenios en amortizarse. El precio de costo de los tomates libios es quizá el más elevado del mundo.

El Gobierno obligó recientemente a las compañías petroleras a aumentar la producción de barriles. Con una población tan escasa y una superficie tres veces y medio la de España, muchos se preguntan dónde van a invertir tanto capital acumulado. Consciente de que el petróleo se acaba, Libia intenta ganarle tiempo al tiempo. Consciente también de que el petróleo es la oportunidad histórica que tienen los árabes para lograr un renacimiento cultural, Kadhafi quiere adaptar el modernismo occidental con una religión que es también una forma de vida. Pero, como lo escribe Hervé Bleuchot (1): "A fuerza de buscar la eficacia terrestre, se corre el riesgo de perder la fe". Con la entrada de elementos culturales extranjeros, se produce un desequilibrio en la sociedad libia, agudizado por el ascetismo que pregona el Jefe del Estado. El es esencialmente sincero; cree en sí mismo, en los árabes y en Dios. Su amor por la vida del desierto y su devoción religiosa no son un juego o una simple maniobra de demagogia política. Vive en un cuartel, en los alrededores de Trípoli, con lo estrictamente necesario. Se pasea en un pequeño Fiat blanco. Hizo de la austeridad una regla de vida que sus compatriotas han compartido por obligación, pero ahora, la creación de nuevas necesidades les alejan cada vez más de ese noble ideal. Cuando abrieron una suscripción popular para mandar un ejército de voluntarios al Sinaí, sólo se alistaron dos personas.

En el plano cultural, la Revolución ha emprendido una arabización total, llegando al punto que se tradujesen hasta las marcas de los coches. En un país como Libia, este proceso no encontró grandes obstáculos, precisamente porque ha sido un país tan diversamente colonizado, que ninguno de los colonizadores dejó una huella fuerte y duradera. Se lanzaron a arabizar, criticando a los demás países árabes que no hacían lo mismo, a veces sin comprender que no todos los países árabes están libres de un modelo de estructura administrativa impuesta por el colonizador.

El régimen policial, el ideal de autarquía, el espíritu de "cruzada", el amordazamiento de la oposición, la centralización, son signos evidentes de una dictadura. Sin embargo, carece de los rasgos crueles y sanguinarios de otros regímenes totalitarios. La Revolución se hizo sin víctimas. No mataron ni encarcelaron a ningún italiano, se limitaron a expulsarlos. El Rey fue condenado a muerte por contumacia, estando ausente del país y su progenitura sigue viviendo libremente en Libia. Ningún individuo comprometido con la Monarquía fue ejecutado. Las vidas de los antiguos ministros y hombres en el poder transcurren en las cárceles del oasis de Kufra, que vio pasar hace treinta y cuatro años a las tropas francesas del general Leclerc.

La gran burguesía que se formó durante la Monarquía, sigue amontonando pequeñas fortunas. El Gobierno ha hecho pasar el sentimiento nacionalista por encima de la conciencia de lucha de clases, porque sabe que en la burguesía se encuentran los únicos libios profesionalmente capacitados para dirigir puestos técnicos y comerciales. Esta clase social está estrechamente vigilada y el Gobierno impone sus límites. Los impuestos son elevados, llegando a alcanzar un 50 por 100 de los ingresos. Y los impuestos y las multas se pagan; no sirve el compadreo o el enchufe.

La justicia social en Libia no es una palabra en el aire. La educación es obligatoria y totalmente gratuita. La Seguridad Social funciona perfectamente; todo enfermo es curado sin tener que desembolsar un céntimo. El Gobierno presta dinero a todo el que quiere construirse una casa. Si gana más de 100 dinares al mes (unas 20.000 pesetas), tendrá que devolver 13 dinares (unas 2.500 pesetas) al mes durante un ilimitado número de años. Si su salario es inferior a esa cifra, no devolverá nada. Los productos de primera necesidad (leche, carne, té, etc.) están fuertemente subvencionados por el Estado. Es cierto que con petróleo y con dinero se puede hacer de todo, pero el caso es que el petróleo existe desde hace tiempo y los beneficios no estaban distribuidos como lo están ahora.

Desde hace dos años, Kadhafi ha cambiado y el Gobierno también. El fracaso de su política pan-árabiga le ha llevado a preocuparse más de política interior. El país está sometido a una fuerza centrífuga a medida que crece el centralismo administrativo y económico. Entre un negro francófono del Fezzan, un tripolitano austero y un cirenaico abierto y progresista, hay pocos puntos en común. El nacionalismo está a la orden del día. La rivalidad entre las provincias de Tripolitania y de Cirenaica, es cada vez mayor. La primera es la más rica; tiene el petróleo y la mayoría de los campos de cultivo. Para estabilizar la situación se llevaron a cabo prospecciones petrolíferas en Tripolitania, que no dieron grandes resultados. Por otra parte, las rivalidades étnicas persisten. En las alturas del Djebel Nefusa existen núcleos bereberes que rehúyen la asimilación árabe.

En política exterior todo se hace a base de cheques. Cultural y políticamente, Libia no es un líder para el pueblo árabe. La historia no se repite y Kadhafi no es Nasser. Un país de dos millones y medio de habitantes que acaba de salir del beduinismo, no ofrece una imagen de seguridad suficiente para una nación árabe más deseosa de alcanzar un bienestar material que de mantener unos valores islámicos que parecen incompatibles con una forma de vida moderna.

(1) "Lybie Nouvelle: rupture et continuité" (P. 80, CNRS, 1975).